

Mujeres...

ANTE LA DESILUSIÓN

VOLUMEN 2

NELLY A. PEREZ

Pérez, Nelly A.

Mujeres... ante la desilusión / Nelly A. Pérez. - 1a ed. - Villa Nueva :
Crecimiento Cristiano, 2019.

76 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-1219-39-1

1. Mujeres. I. Título.

CDD 220.04

© Ediciones Crecimiento Cristiano

Título: Mujeres... ante la desilusión

Volumen II

Autor: Nelly A. Pérez

Primera edición: Marzo 2019

ISBN: 978-987-1219-39-1

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Está prohibida la reproducción total o parcial de este
libro sin previa autorización.

Diseño: Karina Geremía

Corrección: Flavia Robledo

EC Ediciones
Crecimiento
Cristiano

"Más que enseñar, te ayudamos a aprender"

 **Córdoba 419 - Villa Nueva - Cba. - Argentina**

 **+54 9 353 491-2450**

 **+54 9 353 481-0724**

 **oficina@edicionescc.com**

 **www.edicionescc.com**

 **Ediciones Crecimiento Cristiano**

 **edicionescc**

IMPRESO EN ARGENTINA

Mujeres...

- ¿En qué nos parecemos ella y yo?
- ¿Qué recuerdos no la dejaban tranquila?
- ¿Qué deseos encendían sus energías?
- ¿Con qué actitud empezaba la jornada?

Ella, una mujer que desarrolló su existencia hace varios siglos, en un lugar muy distante de mi ciudad, en una cultura desconocida. Muy diferente a mí: en su forma de vestir, en los accesorios con que embellecía su figura, en la profesión que ejercía, en la música que escuchaba, en las fiestas a las que concurría. Pero ella era mujer, igual que yo, con sueños y temores, dolores y alegrías, esperanzas y desilusiones; en fin, con necesidades muy similares a las mías y a las tuyas.

Se han escrito muchos libros sobre los personajes femeninos de la Biblia. Algunos las muestran alejadas de nosotras, casi etéreas o legendarias; otros las visualizan como personas de una espiritualidad y moralidad inigualable o como seres perversos, culpables de todo lo que sucede en su entorno. Las presentes reflexiones tienen la intención de que pensemos en ellas como mujeres muy semejantes a nosotras, a pesar del tiempo y del espacio que nos separa. Pero, así somos las mujeres: todas distintas y, sin embargo, tan parecidas; con nuestras luces y nuestras sombras, con nuestras emociones y necesidades afectivas, con amor pródigo, con ansias de dejar huellas a nuestro paso que ayuden a los que nos siguen, con heridas que a veces nos vuelven hoscas y agresivas.

En el texto sagrado algunas aparecen con nombre, mientras que otras aparecen bajo la máscara del anonimato. Pero todas ellas tienen una

gran relevancia. Sus actitudes, al igual que las nuestras, permitieron o impidieron el fluir del amor de Dios en sus vidas.

A veces, por negligencia o por costumbre, leemos la vida de los personajes bíblicos (tanto hombres como mujeres), en forma rápida, superflua, sin imaginarnos todas las implicancias que habrán tenido en su entorno, quiénes les rodeaban, los dolores y desafíos que enfrentaban. La propuesta que encontrarás en estas páginas es intentar “meterte en la piel” de estas personas, sentir sus miedos, experimentar sus alegrías, rumiar sus dudas, llorar sus dolores. Estoy convencida de que cuanto más valoremos su humanidad, más dimensionaremos el amor y el poder de Dios en sus vidas. Y, al decir esto, vienen a mi mente dos versículos del Nuevo Testamento. En la carta de Santiago, el autor hace una declaración muy valiosa que debemos tener en cuenta a la hora de pensar en algunos de los tantos hombres y mujeres que desfilan por las páginas de la Biblia:

“Elías era un hombre con debilidades como las nuestras...”
(Santiago 5.17)

Por otro lado, el apóstol Pablo afirma:

“...me regocijo en debilidades, insultos, privaciones, persecuciones y dificultades que sufro por Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.” (2 Corintios 12.10)

Es por esto que te desafío a que, a través del don maravilloso de la imaginación, puedas experimentar qué significó para cada una de estas mujeres transitar por los caminos de esta vida y, paralelamente, descubrir cómo, en todas sus carencias y fragilidades, el Todopoderoso Consolador se acercó a ellas, las fortaleció, las empoderó, las hizo trascender en la historia para que aún sigan hablándonos a nosotras.

Estoy convencida de que podrás identificarte con algunas de ellas y, con seguridad, su forma de proceder podrá ayudarte a enfrentar la vida en tu familia, en tu trabajo, con las personas con quienes compartes la existencia en este siglo XXI y también con tu Creador.

Al finalizar cada relato encontrarás algunas preguntas que te permitirán imaginar un poco más lo que cada una de estas damas experimentó, sufrió, vivenció y en cuánto te le pareces. Podrás realizar estas reflexiones de manera individual o, quizá, quieras compartirlas con algunas amigas.

Y Habrá Más...

Este es el segundo volumen de una serie de cuatro:

Volumen 1: MUJERES... en momentos de crisis

Volumen 2: MUJERES... ante la desilusión

Volumen 3: MUJERES... llenas de pasión

Volumen 4: MUJERES... confundidas, desesperadas

Cada tomo está dividido en dos secciones de 5 mujeres cada una.

Índice

SECCIÓN 1 - RELACIONES COMPLICADAS

- 1 - Hermanas y enemigas ...p. 11
- 2 - Una Pareja Despareja ...p. 19
- 3 - Secuelas De Una Seducción ...p. 25
- 4 - Convivencias Frustradas ...p. 33
- 5 - Fantasías Engañosas ...p. 39

Poesía: Estoy viva como fruta madura ...45

SECCIÓN 2: SITUACIONES DOLOROSAS

- 6 - Entre el Temor y la Confianza ...p. 47
- 7 - Cuando La Vida Se Nos Vuelve En Contra ...p. 53
- 8 - ¡Ya Es Demasiado Tarde! ...p. 59
- 9 - Vale La Pena Esperar ...p. 65
- 10 - ¿En Quién Se Puede Confiar? ...p. 69

Mujeres...

ANTE LA DESILUSIÓN

Desde niñas comenzamos a tejer ilusiones. El diccionario define a la ilusión como: “concepto, imagen o representación sin verdadera realidad, sugeridos por la imaginación o causados por engaño de los sentidos. Esperanza cuyo cumplimiento parece especialmente atractivo. Viva complacencia en una persona, una cosa, una tarea, etc.”

Así es como crecemos con un ramillete de fantasías respecto a nuestro cuerpo, nuestro entorno, nuestras relaciones, nuestro lugar en el mundo, planes para nosotras o de servicio a los demás. Estas nos estimulan a continuar, a direccionar nuestra vida con entusiasmo, con optimismo.

Sin embargo, para la mayoría de las personas estas ilusiones pocas veces llegan a concretarse. Nuestro cuerpo no es el que hubiésemos deseado, las personas que nos rodean no son tan agradables y generosas como imaginamos, no logramos alcanzar las metas que alguna vez nos propusimos, ni aún aquellas que soñábamos que podrían cambiar el mundo. Y así es como poco a poco nuestros brazos comienzan a contraerse, nuestros pies pierden el ritmo que traían, nuestra mente se va entumeciendo, nuestro espíritu se enfría y nuestra fe tambalea.

En este volumen nos detendremos a considerar la vida de otras diez mujeres cuyas historias se encuentran plasmadas en la Biblia. Ellas, al igual que nosotras, experimentaron fuertes desilusiones. Algunas se vieron defraudadas por relaciones que se desvanecieron o amores que no resultaron como se habían soñado. Otras, por convivir con personas enfermizas o siendo víctimas de los caprichos de personas poderosas. Al-

gunas soportaron parejas necias y torpes o pérdidas sorpresivas que les desgarraron el alma. Mientras que otras, al experimentar el transcurrir de los años, intuían cada vez con más claridad que la vida se les escurría y los sueños se desvanecían sin poder concretarse.

A través de las vidas de estas mujeres que hace tanto tiempo transitaron por calles olvidadas de nuestro planeta, reflexionaremos sobre nuestras propias vidas, sobre la manera en que enfrentamos nuestras desilusiones y podremos aprender de sus aciertos o equivocaciones.

SECCIÓN I

Relaciones Complicadas

1 - Hermanas y enemigas ¹

Los permanentes conflictos entre Lea y Raquel

Se sintió rechazada desde el mismo instante en que nació. Labán, pastor de ovejas, como buen hombre de su época, esperaba que su primer hijo fuese varón. La sorpresa de que naciera una niña lo confundió y lo hizo estallar en una crisis de malhumor. Quería vengarse de la vida, de su suerte, y hasta de la pobre criatura que se esforzaba por ser atendida. Cuando le preguntaron cómo la llamarían, poseído por una ira imposible de contener, respondió: “Vaca salvaje”. A nosotros el nombre nos llega atenuado, la conocemos como Lea, pero la pequeña creció sintiéndose despreciada y desubicada en una familia donde la oveja era el centro de atención y el medio de subsistencia.

Poco tiempo después llegó su hermana Raquel. Su padre, resignado ante la imposibilidad de engendrar varones, se encariñó con ella desde el momento en que la vio, y con ternura la llamó así, que significa “Oveja”. Vaca salvaje y Oveja crecieron, pero entre ellas se fue construyendo un muro de diferencias, envidias, rencores, preferencias, rechazos, desigualdades, que hizo que su condición de hermanas fuera imposible de vivir en armonía.

¹- Génesis 29.1 a 30.24

A esto se sumó la belleza de Raquel, que le afloraba por la piel. Se reflejaba en su mirada de suave terciopelo, se derramaba en su cabellera, y en toda su figura se percibía una exquisita armonía. En Lea, era diferente. Todo lo que en Raquel se exhibía con abundancia en Lea era mezquindad y carencia.

Cierto día llegó hasta las lejanas tierras de Harán un joven llamado Jacob que venía en búsqueda de parientes y de esposa. Cuando se encontró con Raquel en el pozo, donde tomaban agua las ovejas que ella pastoreaba, intuyó que esa era la mujer que podría saciar su corazón y su cuerpo de hombre.

Luego de las presentaciones y de verificar que eran de la familia, Jacob se hospedó en casa de Labán y empezó a trabajar para él.

Un mes después el dueño de la propiedad le preguntó cuánto quería ganar por sus servicios y Jacob pensó que había llegado su gran oportunidad. Las manos le temblaron con un sudor frío, la voz se le quebró y un rubor no esperado le subió por las mejillas. Pero, haciendo coraje, dijo:

-Por Raquel, tu hija menor, trabajaré siete años para ti.

¡Cómo habrá sido el amor que tenía Jacob por la joven para hacer una oferta tan elevada! A Labán la propuesta le pareció de lo más conveniente, así que aceptó de inmediato.

Durante siete años Jacob pastoreó las ovejas de su suegro pensando en Raquel. Hubo días en que las punzantes brisas heladas cortaban la piel del rostro y de las manos al descubierto, o siestas en que la fuerza insuperable del sol desvanecía a los hombres y a las bestias. También hubo mañanas tibias en que la brisa cargada de aromas encendía las pasiones, o atardeceres que pintaban el paisaje con sus ocres otoñales. Fue tanto el tiempo, pero le pareció muy poco. Era tan fuerte el cariño y el delirio que sentía por ella. Lo alentaba el saber que al volver a casa, luego de la rutina diaria, podría contemplarla aunque fuera solo por unos instantes,

intercambiar unas pocas palabras y disfrutar de su sonrisa.

Raquel, si hubiese vivido en nuestros días, mes tras mes habría deshojado el almanaque. Pero ella se guiaba por la luna. Ya se había vuelto experta en contar las noches en que la blanca luminosidad confirmaba un nuevo plenilunio.

Por fin llegó el día. Todos iban y venían aseando el lugar, acarreado alimentos, bebidas, mantas, utensilios, jarrones, telas, para transformar la aridez del terreno en un salón de fiesta. ¡Había tanto por preparar!. Hacía mucho que en esa casa no se vivía un festejo similar. Era la primera boda que allí se celebraba después de tantos años. Todos los vecinos acudieron de muy buena gana. Y Jacob se casó con el amor soñado de tantas noches y días de esos siete años de espera.

Cuando todos estaban alegres y bien comidos, el joven se dirigió a la habitación nupcial dispuesto a esperar a su amada. La demora acrecentaba las expectativas varoniles. De pronto se abrió la puerta. La agitación y conmoción que abrigaba en su pecho le embotaron la conciencia y los sentidos. La concentrada negrura de la alcoba, las emociones desorbitadas de las últimas horas, las secuelas de la fiesta y el bullicio, encegucieron a Jacob, quien se deshizo en caricias, besos y juegos amorosos. Jacob notó que al principio la novia parecía una oveja asustada, pero intuyó que era por la falta de experiencia. A medida que avanzaba la noche, la muchacha, sin pronunciar palabras, prodigó caricias y arrumacos como si por fin viera que un sueño imposible se hacía realidad.

Cuando el sol comenzó a iluminar el ambiente Jacob se desperezó satisfecho y sonriente. Miró el rostro de la mujer que lo había complacido. Abrió más grandes los ojos, se los restregó. ¡No! ¿Estaba despierto? ¿Esto era un sueño de mal gusto? ¿Qué estaba sucediendo? Al entender que su vista no lo traicionaba, se incorporó de un salto y se vistió. Su rostro reflejó toda la ira que lo desbordaba y sacudió con violencia a la

muchacha que comenzaba a despertar. La acribilló a preguntas. ¿Qué había sucedido? ¿Por qué había sido Lea quien recibió el amor que con tanta fidelidad él había amasado y hecho leudar en su corazón durante tanto tiempo? ¿Cómo podría ahora mirar a Raquel a los ojos? ¿Por qué esta confusión?

La mujer, con vergüenza y sintiendo una vez más el menosprecio que ya le era habitual, aunque esta vez por parte del hombre que ella amaba en silencio, le explicó que esa era una trampa que les había tendido Labán. Según él, no podía ser que la hija menor se casara antes que la mayor. Jacob, impulsado por la furia, salió corriendo como un ciclón. Un fuerte dolor lo partía por la mitad. Sentía como si toda la sangre de su cuerpo se concentrara en su cabeza a punto de estallar. Buscó a Labán. Se abalanzó sobre él. Pero el hombre, endurecido por los intereses mezquinos, estiró sus brazos poniendo distancia. Con voz calmada le dijo:

-Cumple con la semana de bodas de Lea y entonces te daremos también a Raquel, si es que te comprometes a trabajar conmigo otros siete años.

Por siete noches Lea tuvo a Jacob como su esposo exclusivo, pero pronto se desvaneció la dicha que el capricho y la astucia de su padre le habían permitido vivir. Y Raquel por fin consumó su matrimonio. Desde entonces, la rivalidad entre las hermanas se tornó insostenible. Jacob tenía sus preferencias muy bien definidas, pero las obligaciones de esposo le llevaban a repartir sus caricias que no lograban satisfacer la envidia y el rencor de las muchachas.

Como Dios vio que Lea no era amada, decidió compensar su vacío afectivo con hijos. Y tuvo uno, y tuvo dos, y tuvo tres y tuvo cuatro. Su fertilidad la tornaba más apetecible. El tener una gran prole era la ambición de todo hombre, no sólo por cuestiones de trascendencia o amor paterno, sino también por razones económicas. Los hijos, con su trabajo, engrosaban el patrimonio familiar.

Cuando Lea tuvo su primer hijo lo llamó Rubén ², porque exclamó: “El Señor ha visto mi aflicción; ahora sí me amará mi esposo”. Al segundo le puso por nombre Simeón ³, porque dijo: “Llegó a oídos del Señor que no soy amada, y por eso me dio también este hijo”. Cuando nació el tercero lo llamó Leví ⁴, porque pensó: “Ahora sí me amará mi esposo, porque le he dado tres hijos”. Y cuando dio a luz al cuarto, lo apodó Judá ⁵ porque afirmó: “Esta vez alabaré al Señor”.

Pero Raquel permanecía estéril. Sentía que cada sobrino que nacía intoxicaba su matriz de una rabia insoportable que la volvía más infecunda. Su valor como persona poco a poco se desvanecía. En esa época la mujer era vista como una sensual máquina reproductiva, y si no desempeñaba la función esperada su prestigio se deterioraba. Raquel, carcomida por la ira, le recriminó a Jacob:

-¡Dame hijos! Si no me los das, ¡me muero!

Jacob reaccionó de muy mala manera al ser acusado de una causa que no merecía:

-¿Acaso crees que soy Dios? ¡Es Él quien te ha hecho estéril!

Las palabras de su amado aplastaron la poca autoestima que le quedaba. Como ya no tenía nada que perder, tomó a su criada y le pidió a Jacob que tuviera relaciones con ella. Si ella concebía, al momento de dar a luz ella recibiría al niño como propio. Y así sucedió. Al nacer el bebé, Raquel lo llamó Dan ⁶ y exclamó: “¡Dios me ha hecho justicia! ¡Escuchó mi plegaria y me ha dado un hijo!”. La criada de Raquel volvió a concebir. Cuando nació la criatura, Raquel se sinceró: “He tenido una lucha muy grande con mi hermana, pero he vencido”, y le puso por nombre

² - En hebreo, Rubén suena como las palabras que significan *¡Miren, un hijo! y también Él vio mi aflicción*.

³ - En hebreo, Simeón significa *el que oye*.

⁴ - En hebreo, Leví suena parecido al verbo que significa *unir, amar*.

⁵ - En hebreo, Judá tiene un sonido parecido al verbo que significa *alabar*.

⁶ - En hebreo, Dan significa *Él hizo justicia*.

Neftalí ⁷.

Al ver que su hermana volvía a recuperar protagonismo en la vida de su esposo y ella perdía fecundidad, Lea tomó a su criada e imitó la estrategia de Raquel. De esta mujer, Jacob engendró nuevamente. Al nacer el niño, Lea no pudo ocultar su alegría y exclamó: “¡Qué suerte!”. Por eso lo llamó Gad ⁸. La criada volvió a parir y a esta criatura la llamaron Aser ⁹, porque Lea no dejaba de gritar a los cuatro vientos: “¡Qué feliz soy! Las mujeres me dirán que soy feliz”.

Lea, inesperadamente, le dio a Jacob otro hijo. Sorprendida anunció: “Dios me ha recompensado”, por eso lo llamó Isacar ¹⁰. Al poco tiempo, un nuevo embarazo llenó de dicha la vida de la mujer que aún no se sentía amada, y al dar a luz dijo: “Dios me ha favorecido con un buen regalo. Esta vez mi esposo se quedará conmigo, porque le he dado seis hijos”, y le puso por nombre Zabulón ¹¹. Más tarde Lea concibió una niña, a la que llamó Dina, que significa “Juicio”.

Raquel estaba deshecha. Las luchas con su hermana le habían ajado la piel y sus ojos ya no tenían el brillo de antes. Si bien su figura se mantenía intacta, el rencor le había robado la gracia. Se sentía sin armas y sin fuerzas. Cuando estaba a punto de declararse vencida, Dios quiso sorprenderla y le regaló lo que tanto ansiaba. Cuando llegó el niño tan deseado anunció: “Dios ha borrado mi desgracia. Quiera el Señor darme otro hijo”.

Pasó el tiempo, y cuando Jacob decidió abandonar a su suegro y volver a

⁷ - En hebreo, Neftalí significa *mi lucha*

⁸ - En hebreo, Gad significa *suerte, buena fortuna*

⁹ - En hebreo, Aser significa *feliz, dichoso*

¹⁰ - En hebreo, Isacar suena parecido a la palabra que significa *premiar*

¹¹ - En hebreo, Zabulón suena como el verbo que significa *honrar*

su tierra natal llamó a las hermanas ¹². Parecía que el tiempo había acortado la distancia entre ellas. La costumbre, el reconocimiento de quién era cada una y la aceptación del lugar que ocupaban en la vida habían suavizado las relaciones fraternas. Las mujeres, de acuerdo entre ellas, dijeron a su esposo:

-Ya no tenemos ninguna parte ni herencia con nuestro padre. Nos ha tratado como si fuéramos extranjeras. Nos ha vendido y se ha gastado todo lo que recibió por nosotras. Haz todo lo que Dios te ha ordenado.

La gran familia emprendió el viaje. Durante la larga travesía Raquel descubrió que estaba embarazada. El trayecto se le hizo pesado. Antes de llegar a destino le llegó la hora de dar a luz. El parto fue muy difícil. Sintió que la muerte llegaba a arrebatarle la dicha de ser madre por segunda vez. En sus últimos suspiros alcanzó a llamar a su hijo: Benoni, que significa “hijo de mi aflicción”. Pero Jacob, para evitar que la fatalidad fuese un estigma en la vida del recién nacido, le puso por nombre Benjamín que significa “hijo de mi mano derecha”. La alegría de recibir una nueva vida se vio opacada por la despedida sin retorno de Raquel ¹³.

Continuaron el viaje hasta llegar a Mamré. Años después allí sería enterrada Lea. Cuando Jacob ya era muy anciano y la vida le había hecho muy malas jugadas, se despidió de sus hijos y pidió ser sepultado junto a su primera mujer ¹⁴. Con el tiempo había reconocido su valor. La relación que ella tenía con Dios lo había fortalecido, su fecundidad lo había afirmado.

De los hijos que le dio Lea continuó la línea sacerdotal y mesiánica del

¹² - Génesis 31.4, 14-16

¹³ - Génesis 35.16-20

¹⁴ - Génesis 49.29-31

¿En qué nos parecemos a Raquel y Lea?

En esta familia tan disfuncional nadie logró cumplir plenamente sus sueños. Pero, en nuestra realidad, ¿cuántos lo logran? Uno de los desafíos más grandes de la vida es aceptar los regalos y sorpresas que Dios nos ofrece cada día, aun cuando nuestros deseos se rompan en mil pedazos. Siempre escuchamos que la convivencia no es cosa fácil pero, quizá, la mayoría de las veces, nosotras la hacemos más complicada todavía.

1-¿Cómo explicarías, en pocas palabras, cuál era el problema que existía entre Lea y Raquel? ¿En qué medida estas hermanas fueron víctimas de la familia o de las circunstancias? ¿Y en qué aspectos ellas fueron responsables de la situación?

2-¿Cómo podría haber sido más llevadera la relación entre estas dos hermanas?

3-¿Con quiénes te resulta más difícil la convivencia? ¿Por qué?

4-¿Cómo puedes hacer que la misma sea más gratificante y provechosa?

¹⁵ - Por ser Lea la madre de Leví, de quien desciende la línea sacerdotal, y de Judá, de quien nacería Jesús el Mesías.